

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

A padre muerto, padre puesto

Autor/es:

Montiel, Alejandro

Citar como:

Montiel, A. (1999). A padre muerto, padre puesto. La madriguera. (14):69-69.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41737>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



A padre muerto, A padre muerto, padre puesto padre puesto

Alice y Martin

André Téchiné

Alice et Martin

España/Francia, 1998

Film narrado con una sencillez admirable y dotado del final en punta más conmovedor que se ha visto en las pantallas en los últimos años, este moderno melodrama, delicado, discreto y diáfano, aborda la historia de un joven que, habiendo matado a su padre, no puede absolverse ante el solitario tribunal de su conciencia y sólo logrará recobrar la alegría de vivir, y de asumir a su vez la paternidad, entregándose al juicio del mundo.

Pero, ¿se nos cuentan aquí únicamente las tribulaciones de Martin (de niño, Jeremy Kreikenmayer; luego Alexis Loret), de su amante, Alice (Juliette Binoche), del hermano homosexual de Martin, Benjamin (Mathieu Amalric), de la madre de Martin, Jeanine (Carmen Maura) y de su madrastra, Lucie (Marthe Villalonga), o más bien se ha tratado, a través de este argumento, de darle vuelta a una o varias ideas? Y, en este caso, ¿qué es tener una idea en cine?, nos preguntamos con Deleuze.

Sea lo que fuere, es algo que se desprende de la reunión de imágenes y sonidos, mientras que, por el contrario, el trabajo del espectador (que ejerce siempre, fatalmente, de crítico; es decir, de intérprete del film) consiste en describir, traducir y discutir tales ideas en palabras (expresadas originalmente en cine), lo cual nos legitima para interrogar al film de la siguiente guisa: ¿se dice aquí que la cuestión nodal para el varón

vigente consiste en recuperar el rol de padre tras un siglo de desgaste y despedazamiento de dicho rol?, ¿se dice aquí que la

mujer vigente posee tal valentía y fortaleza como para vivir bailando un perpetuo tango, esa música (según Alice) que no conforta sino que mantiene abierta la herida para seguir hurgando en la llaga?, ¿se dice aquí, por boca de la madrastra de Martin, que debemos seguir amando incesantemente a nuestros muertos?

Aun juzgando el film fascinante, magistral tanto en su guión como en su puesta en escena y en la pulcritud de su planificación, y aun sabedores de su engañosa "simplicidad" (tan difícil en realidad, pues sin esa precisión narrativa no nos hubiéramos dejado arrastrar hacia el abismo de locura alrededor del cual merodea el film en espiral), cualquier espectador puede arrogarse el derecho a disentir de lo que en él se dice.

Así, ni Martin ni nadie (opino) necesita obligatoriamente un padre (este es el error de Jeanine; un error muy común), y mucho menos para matarlo, ni simbólica ni físicamente, pues el símbolo es inane y morir de verdad, si se tiene un poco de paciencia, se morirá solo.

Si se plantea mal la pregunta, tal como lo hace Martin (¿quién soy yo en relación a mi padre?), la respuesta es, en su caso, simple y llanamente atroz: un asesino. Pero como no sólo nos interesa su caso, diremos

que, en cualquier caso, la respuesta confirma igualmente el desamparo: yo soy otro.

De ese modo, y volviendo a Deleuze (y Guattari: *Por una literatura menor*), "el problema no es el de la libertad, sino el de una salida. El problema con el padre no es cómo volverse libre en relación a él (problema edípico), sino cómo encontrar un camino donde él no lo encontró." Mucho me temo que no haya salida alguna en el kafkiano laberinto de la conciencia, y de poco sirve recorrer obsesivamente este dédalo, porque el sentimiento más radical que acabará emergiendo será el de la orfandad, el de la separación. En otras palabras, y parafraseando a Baku-



nin, ya no por voluntad revolucionaria, sino porque no hay otro remedio, todos acabamos viviendo sin Padre ni Estado, pues la novela familiar tiene hoy otros protagonistas que en la Viena de vals y mecedoras en la que abrió su consulta Sigmund Freud. Nos hemos quedado sin nadie a quien echarle la culpa de nada.

Alejandro Montiel